



**Una nueva eclesiología  
movida por una profunda  
conciencia de comunión,  
de consagración, de misión.  
Una Iglesia que celebra  
la palabra<sup>2</sup>**

### Introducción

Hablar de una nueva eclesiología en vistas al tercer milenio, significa poner a prueba nuestra capacidad de llevar a cabo la renovación eclesiológica que hemos presenciado en este último siglo del segundo milenio. Esta renovación ha quedado plasmada en el giro dado por el Vaticano II sobre este tema.

Acoger la palabra profética de los padres conciliares será lo que nos permitirá descubrir algunas pistas para el camino de la eclesiología del tercer milenio.

---

<sup>1</sup> El P. Guillermo Allende es monje benedictino y prior del Monasterio Nuestra Señora de la Paz (San Agustín, Córdoba, Argentina). Esta conferencia la presentó en el VIII<sup>o</sup> Encuentro Monástico Latinoamericano (México, 24.06-01.07.1998).

<sup>2</sup> BIBLIOGRAFÍA: M. AUGUÉ, *Liturgia*, Biblioteca litúrgica, CPL, Barcelona, 1995; H. U. VON BALTHASAR, *Sponsa verbi, Ensayos teológicos*, Sígueme, Salamanca 1964; G. BONACCOSO, *Celebrare la Salvezza*, Mesaggero, Padova, 1996; B. CALATI, *Palabra de Dios, Nuevo Dicc de Esp.*, Paulinas, Madrid, 1991<sup>4</sup>; J. COLLANTES, *La Iglesia de la Palabra*, BAC, Madrid, 1982; Y. M. CONGAR, *Un pueblo mesiánico*, Cristiandad, Madrid, 1976; S. DIANICH, *Eclesiología, DTI*, Síguema, Salamanca, 1985; B. FORTE, *La Iglesia icono de la Trinidad*, Sígueme, Salamanca, 1992; J. LOPEZ MARTÍN, *La liturgia de la Iglesia*, BAC, Madrid, 1994; P. MARIOTTI, *Iglesia, Nuevo Dicc de Esp.*, Paulinas, Madrid, 1991<sup>4</sup>; H. SCHLIER, *Eclesiología del NT, Sacramentum Mundi*, Cristiandad, Madrid, 1973; R. SCHNACKENBURG, *La Iglesia del Nuevo Testamento*, Taurus, Madrid, 1975.

Desde el cisma de oriente (o de occidente, depende desde dónde se mire), la eclesiología católica ha estado marcada por la polémica y se ha centrado principalmente en el poder, el derecho y la autoridad; mientras que el Vaticano II, y aquí está la importancia del giro dado, plantea una eclesiología dominada por el sentido de comunión, de servicio y de escucha, marcada por una atención más fina a la acción del Espíritu Santo.

Hemos de tomar como punto de partida una opción positiva de construcción, asumiendo el pasado y aprovechando los errores cometidos para fortalecer el nuevo edificio. Esto presupone la adhesión creyente a la Iglesia como «misterio», para poder así hacer florecer en ella la transparencia del Evangelio.

Es de todos sabido que el Vaticano II se ha ocupado de la eclesiología especialmente en las constituciones *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*; pero el tema también está presente en todos sus documentos como un problema que invade cada ámbito de la vida de la Iglesia.

Vivimos nuestro servicio monástico a la Iglesia desde una perspectiva que podríamos llamar bíblico-litúrgica. Por eso, para el planteo de discernir juntos cómo presentar una nueva eclesiología desde la vida monástica tomaré los grandes desafíos que nos plantean las Constituciones conciliares *Dei Verbum* (=DV) y *Sacrosanctum Concilium* (=SC). La Iglesia es Sacramento de la salvación, la Sagrada Escritura nos presenta el acontecimiento de la salvación que celebramos en la Liturgia.

### *a. Sentido dinámico de la Palabra*

La Constitución *Dei Verbum* toma como punto de partida para su reflexión el prólogo de la 1Jn, poniendo de manifiesto el aspecto dinámico de esta Palabra: Dios mismo, que se compromete en la historia del hombre, revelándose y entregándose a sí mismo, «Dios habla con los hombres como amigos» (DV 2). Como respuesta a esta donación de Dios, la Iglesia no puede dejar de «escuchar con devoción la Palabra de Dios» (DV 1), a fin de poder proclamarla y ser testigo.

La afirmación de san Juan tiene el carácter de una experiencia que compromete a todo el hombre, expresada en el recurso a los sentidos de «ver» y de «oír», de «contemplar» y «tocar», e invita a pensar que se trata de un texto celebrativo litúrgico de la comunión con Dios más que de una simple comprobación del hecho de la revelación. Esta comunión realiza la Iglesia como comunión de hombres en Dios.

La Iglesia, relacionando su propio testimonio con la viva experiencia

de Juan sobre la Palabra de Dios, tiene conciencia de insertarse en esta profecía y de explicitarla ulteriormente en la historia con su propia vida. Esto es, que la historia salvífica sigue vigente en la comunidad de creyentes gracias al misterio pascual siempre operante y se desarrolla en ella con vitalidad y dinamismos nuevos.

La presencia activa del Señor resucitado hace que la Palabra de Dios cobre vida, crezca y se desarrolle en la Iglesia por la presencia del Espíritu en los sucesores de los apóstoles y en todo el pueblo de Dios hasta la plenitud total de la Palabra misma, que es la manifestación gloriosa del Señor y la visión de Dios cara a cara.

### **b. El desarrollo de la tradición apostólica**

Hay que subrayar la preocupación de la *Dei Verbum* por considerar toda la transmisión de la revelación, que es luego la «sagrada tradición», en la perspectiva del crecimiento de la palabra, en la dialéctica del cumplimiento de toda la Palabra de Dios y en el ámbito de todo el Pueblo de Dios. Aquí se nos sitúa ante una teología de la experiencia paulina de los carismas, en la que cada uno a su modo y en proporción al don recibido contribuye a la edificación del Cuerpo de Cristo (*1 Co 12,28 ss.*), donde el dinamismo del cumplimiento de la Palabra encuentra su realización en todo el Pueblo de Dios, fundamentando así una nueva eclesiología y rompiendo las estrecheces jurídicas de la eclesiología más reciente. En la Iglesia apostólica la preocupación por la transmisión de la Palabra es lo que hace que crezcan los servicios ministeriales (cf. *Hch 6,4 ss.: No es justo que descuidemos el ministerio de la Palabra de Dios...*) a la vez que el mismo desarrollo de la Iglesia se mide por el crecimiento de la Palabra de Dios (*Hch 6,7; 12,24; 13,49; 19,20*). Jesucristo, en quien se lleva a cabo la revelación, «mandó a los apóstoles a predicar a todos los hombres el evangelio», lo que habían aprendido de sus obras y palabras y lo que el Espíritu Santo les enseñó (cf. *DV 7*); esta moción permanente del Espíritu no ha suspendido ciertamente su «inspiración», sino que sigue actuando para llevar adelante sin tregua su obra de amor.

En este contexto madura la «tradición» (sentido vivo de la Palabra viva de Dios y siempre presente en la Iglesia), que, junto con la misma Escritura, es el espejo en que la Iglesia peregrina contempla a su Señor, de quien recibe todo bien, con la esperanza de contemplarlo algún día cara a cara. El contenido vivo de esta «tradición», que comprende todo lo que es necesario para la fe y la santidad de vida del pueblo de Dios, es

cuanto nos han transmitido los apóstoles. De este modo la Palabra de Dios se libra de todo estatismo y se presenta condicionada únicamente por un término absolutamente dinámico: el crecimiento («progresas», «crece»), hasta la manifestación de la plenitud total de Dios.

En este crecimiento vemos empeñado a todo el pueblo de Dios según la dialéctica inherente a su naturaleza de pueblo y de cuerpo de Cristo:

«Esta tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo; es decir, crece la comprensión de las Palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón, y cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los obispos, sucesores de los apóstoles en el carisma de la verdad. La Iglesia camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios» (DV 8).

Aquí el Vaticano II abre nuevamente la puerta al pueblo fiel para que él mismo sea parte fundamental del desarrollo de la tradición apostólica.

### **c. Momentos del desarrollo de la tradición**

Podemos subrayar en el texto conciliar citado los dos momentos del crecimiento de la Palabra de Dios que pertenecen a todo el pueblo de Dios, a saber: cuando los fieles contemplan y estudian la Palabra en su corazón y cuando comprenden internamente los misterios que viven, y el carácter específico del carisma apostólico del episcopado como un tercer momento. Estos no son sucesivos, sino simultáneos.

Ninguno de estos momentos puede prescindir el uno del otro, ya que de hacerlo se caería en una dimensión individualista. Este ha sido el trágico estrangulamiento de la eclesiología pospatrística, superado hoy conceptualmente recuperando las categorías de «pueblo de Dios» «Cuerpo de Cristo» «sacerdocio real», pero que nos plantea el gran desafío de superarlo existencialmente en nuestras propias vidas.

El texto conciliar pone a un mismo nivel la experiencia comunitaria de la Palabra con la proclamación apostólica de los obispos: «Esta tradición apostólica crece..., cuando..., cuando..., cuando...».

La experiencia comunitaria de la contemplación y el estudio desde el corazón tiene su referente más claro en María, a quién le fue dado ver y no siempre comprender el misterio del Hijo, que ella no obstante supo

confrontar con la Historia de su pueblo, dejando que esa palabra descansara en su corazón. Se trata en María de una contemplación que nada tiene que ver con un proceso meditativo de tipo religioso, filosófico o moral, sino que más bien es una contemplación que llama a hacer vida el misterio penetrado en la palabra por la fe. Esta experiencia de contemplación y profundización en la Palabra la realizamos en el encuentro cotidiano a través de la *lectio divina*, dónde buscamos conocer y comprender el misterio de Jesucristo que se nos hace presente en nuestras vidas.

La «comprensión del misterio» vivido por el pueblo de Dios, es común responsabilidad de la Iglesia toda en la escucha de la Palabra de Dios. La experiencia espiritual del pueblo deja de estar marcada por la desconfianza, confinada a un esquematismo ascético-místico, en un individualismo religioso, que dio pie a tantas aberraciones imaginativas, para pasar a ser lugar de la tradición viva, presencia operante del Espíritu que inspira hoy a la Iglesia, comunicación de carismas en el servicio comunitario.

El momento del magisterio tiene un carácter específico respecto a la auténtica interpretación de la Palabra -como afirma la misma DV (10)- pero esto no significa que pueda actuar sin conexión con los diversos momentos que forman la «tradición». El servicio del magisterio a la Palabra se encuentra cualificado por una «escucha devota» y una «custodia celosa», actitudes vitales que ponen a la jerarquía como co-escuchas junto con el pueblo.

La falta de una teología de la presencia del Espíritu en todo el pueblo con la multitud de sus carismas ha derivado en un monopolio del carisma jerárquico en la eclesiología, convertido muchas veces en sinónimo de poder y de elevación profesional, creyendo sustituir la tradición viva y la realidad del Pueblo de Dios. A la luz de esta revaloración de la experiencia espiritual del pueblo, toda la teología se coloca en una confrontación vital con la Palabra y la eclesiología puede abandonar el ámbito jurídico para que el carisma jerárquico, en estrecha conexión con la experiencia de todo el pueblo, ejerza el carisma de la verdad al servicio del discernimiento de los carismas en el pueblo.

En definitiva el Vaticano II retoma la experiencia de muchos Padres de la Iglesia y relatada plásticamente por Gregorio Magno quien afirma que debe a sus fieles la inteligencia que tiene de la Sagrada Escritura («Sé que a menudo muchas de las cosas de la Escritura que yo solo no lograba comprender las he comprendido cuando me he encontrado en medio de mis hermanos», *Hom. II in Ez.* 1. II), porque el Espíritu puede hacer que los fieles comprendan mejor que su maestro un sentido particular de la

Palabra de Dios («Si mi oyente, que podrá ciertamente comprender el sentido de la palabra de Dios de un modo más profundo y verdadero que yo, no encuentra aceptables mis interpretaciones, lo seguiré tranquilamente, lo mismo que sigue un discípulo a su maestro», *Moral*, I. XXX. C. 27).

#### d. La liturgia manifestación objetiva de Cristo y de la Iglesia

«La liturgia..., contribuye a que los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia» (SC 2). Esta expresión del Vaticano II nos abre la perspectiva de cómo se realiza en la liturgia este proceso dinámico en el que la Iglesia crece en la comprensión del misterio de Cristo; más aún, la liturgia expresa la naturaleza misma de la Iglesia. Vefamos más arriba cómo la DV nos abría nuevamente el camino a la revalorización de la experiencia espiritual del Pueblo de Dios, esta experiencia tiene su fuente y culmen en la liturgia (cf. SC 10).

La liturgia no se reduce a la actividad de un momento puramente ritual, sino que compromete al creyente en su existencia global: genera una experiencia espiritual concreta. Por otra parte el cristiano no puede considerar la celebración como una estructura facultativa dentro de la experiencia espiritual, sino más bien como el momento fundacional de la misma experiencia, ya que ella es «el ejercicio del sacerdocio de Cristo» que «realiza la santificación del hombre» (SC 7). La liturgia abre la puerta a un estilo de vida cristiana basado en la asimilación y la identificación con Cristo a través de los sacramentos y la oración de la Iglesia.

En la liturgia el «misterio de Cristo» se celebra y se vive en su integridad y objetividad redentora. La liturgia garantiza la correspondencia entre los elementos objetivos (la tradición) y los elementos subjetivos (la experiencia religiosa individual), porque en ella la subjetividad queda transfigurada por la objetividad de la gracia en la acogida del dato revelado en su integridad.

Podemos comprobar cómo el abandono de esta referencia al dato objetivo presentado en la liturgia hace surgir un cierto «devocionalismo», sobre todo a partir de la Edad Media, donde muchos sectores de la Iglesia se han dejado atraer por elementos secundarios y fáciles simplificaciones que fragmentan y empobrecen el contenido del mensaje revelado y su capacidad de incidir en la vida cristiana, favoreciendo de este modo actitudes francamente supersticiosas inmaduras, alimentadas por revelacio-

nes privadas y textos donde abunda el sentimentalismo y la fantasía, provocando un tipo de emoción devocional que se diluye entre otras figuras y signos religiosos extracristianos. La experiencia espiritual cristiana, al no estar interpretada por la celebración litúrgica, termina por encontrarse exclusivamente en otros tipos de celebración colaterales (p. ej. Cuánta gente hoy todavía reza el rosario durante la celebración eucarística).

La liturgia se encuentra esencialmente centrada en la Sagrada Escritura, no puede prescindir de ella, ya que lo que es anunciado por la palabra se lleva a cabo en la celebración. La Palabra de Dios en la liturgia deja de ser una «palabra escrita» para adquirir el papel de proclamación del acontecimiento salvífico, de «palabra celebrada». En otros términos lo que se lee en la Escritura, se realiza en la liturgia. Así la liturgia vuelve a proponer el acontecimiento salvífico, que tiene como centro a Cristo muerto y resucitado, con toda la dinámica de crecimiento que se desarrolla en la vida del cristiano con su especificidad soteriológica.

Podemos afirmar entonces que el lugar privilegiado para la revaloración de la experiencia espiritual del pueblo de Dios es la liturgia, porque en ella se realiza verdaderamente la unidad y objetividad del misterio de la redención obrado por Jesucristo.

En una asamblea litúrgica la Iglesia encuentra su forma concreta de localización, se trata de una comunidad que celebra el misterio de Cristo, que se coloca frente a este misterio y se deja interpelar por él. En ella la Palabra de Dios se hace presente y favorece la contemplación y asimilación del misterio que lleva a transformar nuestra vida.

## Conclusión

La Iglesia no tiene sentido sino como proclamadora de la Palabra de Salvación, y la Palabra se convierte en acontecimiento de salvación cuando es vivida por el pueblo de Dios. El misterio que celebramos en la liturgia es el don de la vida, oculto en Dios, que él quiso comunicar a los hombres en su Hijo muerto y resucitado, con la efusión del Espíritu. Este es un acontecimiento que supera el ámbito de lo conceptual, metafísico y jurídico, y que sólo puede ser percibido y expresado en la más pura tradición profética.

Desde la perspectiva que hemos expuesto, es el momento de volver nuestra mirada a la vida monástica, *Iglesia doméstica*, para analizar con el espíritu de conversión al que nos llama el Papa para prepararnos al

tercer milenio, si ofrecemos, en nuestras comunidades, un *typos* eclesiológico que pudiera ser modelo y testimonio para nuestra Iglesia.

No podemos negar que la vida monástica tiene como lugar fundamental el aspecto bíblico-litúrgico que, como ya hemos desarrollado, es el que permite vivir una eclesiología renovada, en donde cada carisma particular es discernido y potencializado por aquel que ejerce el servicio de paternidad espiritual. Toda la vida monástica en su conjunto debe estar continuamente confrontada con la Palabra que permite, en el dinamismo recreador de ésta, hacer de cada comunidad signo profético de la nueva Iglesia.

A su vez, esta comunión y obediencia al Espíritu en la Palabra, llevará indefectiblemente a vivir la liturgia como el lugar de adoración en espíritu y verdad; y posibilitará al Pueblo de Dios reencontrarse con el acontecimiento de salvación en su lugar privilegiado.

*Monasterio Nuestra Señora de La Paz  
5191 San Agustín  
Córdoba. Argentina*